

MONTEVIDEO LA NOCHE

(Living moderno y bacán. Entra Joselo silbando bajito. Tiene un toque levemente afeminado. Recorre el living con cierto cuidado, vicha a un lado y otro. Se sienta, se acomoda bien. Manotea unas pantuflas que hay por ahí. Las levanta un momento.)

Joselo.- (Como mostrándolas al público) Pantuflas. Gran actor jubilado ama pantuflas. (Pone cara de comfortable. Con suspiro de alivio) Ahhh... (Mirando alrededor) Parece mentira, cómo se ha conservado: estar en este living del 2001, es como estar en aquél, de los 70... (Hablando hacia afuera) ¿No hay nadie aquí?... Antes había. ¿De veras no hay nadie?... (Cierra los ojos. Cambia levemente la iluminación como indicando cambio de tiempo) Ya sé todo lo que viene: ahora entra ella. (Entra Tina, mujer de refinada elegancia natural, pinta de pituca. Describiéndola) Pantalón vaquero debidamente decolorado. Rompevientos de lana negro. O sea: uniforme de sediciosa a punto de estrenarse.

Tina.- Rompevientos de lana blanco, para que sepas. Abrí los ojos.

Joselo.- (Sin abrirlos) Hola - qué tal - cómo te va - a mí bien - y a vos. (Poniéndole trompita) Beshito aquí.

Tina.- Ahí va. Por telepatía.

Joselo.- Con ruido, al menos.

Tina.- (Gran ruido de beso).

Joselo.- Así es otra cosa. Uno nota la calidez al llegar a la casa que ama.

Tina.- No hay calidez. No hay casa.

Joselo.- Uy, qué dramática estás. Atención: voy a abrir los ojitos en este momento. Exijo encontrarme con la maravillosa sonrisa de mi casi mi amiga, casi mi esposa, casi mi amante, casi mi hermana, casi mi correligionaria, casi mi mamá. En resumen: casi mi nada. (Abre los ojos)

Tina.- (Pone sonrisa espantosa).

Joselo.- Uy, qué chuto. Vuelvo a cerrar los ojitos. (Lo hace) Hoy estás agría que da miedo.

Tina.- Estoy. No sé si no aconsejarte que te vayas. Te puedo arrasar. Estoy bélica.

Joselo.- Una vez vi clarito a un ciempiés cómo le encajaba un picotazo, o como se llame, a un bebito sentado en una hamaca. Sacó un estilete, ¡plic! y rajó. ¿No estarás así, vos?

Tina.- Y tú sos el bebito en la hamaquita. "Mi" bebito.

Joselo.- Ojalá revientes.

Tina.- Ojalá. (Pausa) Pero no estoy agría, ¿sabés? Es mucho más sencillito: tengo una tristeza brutal encima.

Joselo.- Ajá. Eso me asusta más. Cuando estás así, sos capaz de terminar proponiéndome cama, o algún desvarío peor.

Tina.- Si te digo por qué estoy triste, me matás. No, pero no te lo digo. (Pausa) Decime, Joselo: ¿adónde se metió el romanticismo que antes había?

Joselo.- ¿Eh...?! Estás chocheando, pobrecita.

Tina.- Sí, estoy chocheando. Me cuesta entender cosas. No me hagas caso.

Joselo.- Por supuesto que no. Bueno fuera. Vos en tu estuche, yo en el mío. Y amigüisimos. Pobres de nosotros si se nos hubiera ocurrido cambiar los dos estuches por uno solo de dos plazas.

Tina.- Somos demasiado inteligentes.

(Quedan mirándose un momento)

Joselo.- (En un arranque) Caracho, ¿sabés que te necesito?

Tina.- ¿Y eso? ¿Largado así, de golpe?...

Joselo.- Yo qué sé. Perdoname.

Tina.- Me conmoviste. Te salió sincero.

Joselo.- Te miré la cara, sin ninguna pintura, toda lavada, y de repente pensé que quiero tener esa cara hasta el final.

Tina.- ¿Te puedo dar un beso?

Joselo.- No, no jodas. (La mira atentamente) ¿Tenés que irte?

Tina.- Dentro de un rato.

Joselo.- Estaba clavado. No tengo ganas de quedarme solo. Me había hecho la ilusión de que pudiéramos jugar a algo.

Tina.- Hubiera sido divino, pero...

Joselo.- Ya sé.

Tina.- Asamblea en el Comité.

Joselo.- (Levemente burlón) Claro, claro... Pero no te aflijas: traeré una escoba, lo más parecida a ti que pueda, y jugaré con ella.

Tina.- Perdoname, pero...

Joselo.- ¡Por favor! La "rigolucción" está primero.

Tina.- No empieces a burlarte. Aguantate. (Pausa) ¿Y vos...? ¿Marcha el ensayo de esa obra que tanto te apasiona?

Joselo.- Después de tanto lío, no se postergó el estreno. Será el jueves, nomás.

Tina.- Vas a tener un éxito de locura. Estás bestial en ese papel.

Joselo.- Oh, sí, cuán alegre estoy! Los señores críticos me elogiarán, el público bramará, y yo... (Sombrío) Pucha digo, no me hagas hablar. (Se pone a tararear cualquier cosa) ¡No-me-gus-to!

Tina.- ¡Yo-tam-po-co! (Pausa levemente dramática)

Joselo.- No quiero hablarte de los rumores que corren acerca de ti. Sobre el paso que vas a dar...

Tina.- No me interesan los rumores. A la gente no le cuesta nada hablar.

Joselo.- En general hablan cuando hay algún fundamento. (Pausa incómoda) ¿Y si jugamos, antes de irte, a las dos viejitas? A veces nos ha dado resultado. (Asume personalidad de viejita) "Escuchame, Lenocinia".

Tina.- (Siguiéndole el juego) "¿Qué te pica, Cloroforma?"

Joselo.- "¿Viste ese mozalbete que estaba tomando el té en La Castellana cerca de nosotras?"

Tina.- "¿Cómo no lo voy a ver? ¡Si me hizo acordar todo el tiempo a mi finado, cuando estaba a punto de recibirse de Coronel! Sólo le faltaba el quepis. Perdonando el exabrupto."

Joselo.- "El muy pillastre no me sacó los ojos de encima en toda la tarde!"

Tina.- "¿A vos?... ¡No me hagas reír! Si se pasó todo el tiempo desnudándome con la mirada!"... (Saliendo del juego) Ay, perdoname. No estoy inspirada, hoy.

Joselo.- Yo menos que vos.

Tina.- Me siento como sin fuerzas.

Joselo.- Ya veo que la cosa viene brava.

Tina.- Viene. (Silencio)

Joselo.- Decime la verdad: ¿pasó algo?

Tina.- Nada, hombre.

Joselo.- Tiemblo.

Tina.- ¡No podés vivir en un temblor!

Joselo.- Pero de un tiempo a esta parte, vivo en un temblor, ¿qué querés que haga?

Tina.- Esas imaginaciones tuyas...

Joselo.- Sé que en cualquier momento... ¡adiós que te vaya bien! Volás.

Tina.- Estás viendo fantasmas.

Joselo.- Pero yo no quiero que vuelas, ¿entendés? No quiero que me encuentre una mañana sin nadie a quien recurrir, nadie a quien preguntarle las cosas que me importan. ¡No quiero!

Tina.- (Con suavidad) No te pongas histérico.

Joselo.- Me pongo histérico. ¡Maldito sea el día en que pensaste que podías meterte en ese baile!

Tina.- Bendito sea. (Silencio)

Joselo.- Tendrás que perdonarme, pero no pude hacerte el mandado ése que me pediste. La crema para la cara.

Tina.- Me queda un poco todavía. Mañana o pasado la compro yo.

Joselo.- No sé para qué la querés: ya casi no te arreglás.

Tina.- Según los días. Según el ánimo.

Joselo.- La falta de maquillaje te acentúa cierto aire menopáusico; pero en compensación -lo reconozco- te da una cosa noble, augusta, como de cacique vagamente charrúa.

Tina.- No conseguirás herirme, jua, jua.

Joselo.- Porque no se me antoja. Nadie conoce tus puntos vulnerables como yo. (Mirándola fijo) Me asquea que te hagas la nena.

Joselo.- ¡Vos! Te has tomado el famoso izquierdismo como una gurisa de diecisiete años.

Tina.- Ah!, estás queriendo hacerme entrar. Pero no te hago caso.

Joselo.- (Se echa a reír) Es que me agarrás cansado. Porque si me pongo a escarbar en tu actitud de pituca que descubrió la política antes de ayer, y que se cree que...

Tina.- Uy, no te pongas pesado.

Joselo.- Tenés razón. Ya empezaba a soltar todo el rollo. (Pausa) ¿Cuántas peleas violentas tuvimos a lo largo de estos quince años? ¿Cuántas veces te putié?

Tina.- Sí, unas cuantas, pobre mamá.

Joselo.- (Dando unos alaridos histéricos) "Yegua desenfrenada, ¿nunca aprenderás a comportarte como el maniquí que sos? ¡Llena de frigideces hasta los bordes! ¿Por qué posás de perra calenturienta?"

Tina.- Cierto: siempre usaste un lenguaje más bien shakespiriano en tus histerias.

Joselo.- Y todo ese bochinche ¿por qué vino? Ah sí, fue una especie de escena de celos porque te encontré en la cocina fregando con el actorcito aquél, pésimo además, que...

Tina.- Nada de fregando. Era un abrazo afectuoso: acababa de perder el empleo, y encima era un huerfanito de nacimiento.

Joselo.- Por causa de esta pelea, estuvimos separados unas cuantas semanas. Qué casualidad: las mismas semanas que abarcó tu romance con el cosito ése...

Tina.- ¡Siempre te importó mucho mi prontuario sexual!... Es un lindo recuerdo, para que sepas. Pocas veces encontré una ternura igual. Y a mí me importa sobre todo la ternura.

Joselo.- La jalea, decí más bien.

Tina.- Si no hay jalea, sexualmente no funciona.

Joselo.- Sos una veterana romántica. La jalea no va mucho con la barbaridad en la que estás pensando, ¿no?

Tina.- (Sombría) No, no va.

Joselo.- (Observándola) ¿Cuándo vas a crecer? Estás como cansada.

Tina.- Cansada no. Es peor. Estoy deshilvanada. Estoy momificada. Estoy mecanizada. Estoy regimentada. Estoy ahuecada. Para hablar en serie, como te gusta a vos.

Joselo.- Pobre Tina.

Tina.- Qué bueno: lo dijiste sin sarcasmo.

Joselo.- Siempre te vi entregarte a las cosas con una fuerza... Y tú nunca fallaste. Siempre fueron las cosas las que te fallaron a ti.

Tina.- Pero eso no me sirve de consuelo: el porrazo viene lo mismo. Y el desgaste, y la pudridera...

Joselo.- Pero tu imagen queda en alto ¿no? Tu prestigio ante ti misma.

Tina.- Por lo que me importa el prestigio ante mí misma... Lo que me importa es sacudirme. Hasta las raíces. Debe ser lo más difícil de este mundo.

Joselo.- (Afectuoso) Ahora sí te reconozco. Ahora te siento "mi" Tina. No cuando te viene una exaltación infantil y empezás a perorar como una cacatúa, repitiendo las consignas aprendidas de tus nuevos dioses.

Tina.- Vos sólo me reconocés cuando me ves tirada. Cuando estoy por las nubes, me despreciás.

Joselo.- No te sientan las nubes. Convencete: no sos mujer de nubes.

Tina.- Soy mujer de piso, ya sé.

Joselo.- Cucaracha, o algo así. Pero no hay nada más decoroso que ser lo que se es. La cucaracha que es bien cucaracha, tiene una especie de dignidad muy linda, muy respetable.

Tina.- Sí, todo es lindo y respetable en una cucaracha. Me estás pisoteando parejo, ¿no?

Joselo.- No, no quise herirte, Tina. Sin ironía: trataba de ayudarte. Me di cuenta de que hoy te sentís cucaracha y traté de encomiar a la cucaracha. Pero te confieso que yo les tengo un asco mortal.

Tina.- Yo, a veces, me tengo un asco mortal.

Joselo.- ¿También ahora, cuando estás pensando en meterte hasta los huesos en algo que te importa tanto...?

Tina.- También ahora.

Joselo.- No te entiendo.

Tina.- Yo, a lo mejor, tampoco. (Exaltándose) A veces no me entiendo nada, ¿sabés? (Se contiene) No, pero no quiero hablar.

(Cae un largo silencio)

Joselo.- (Iniciando un juego, interpreta a un galán) "¿Qué la trae por aquí, señorita? Estamos para servirla... en cualquier variante que usted disponga".

Tina.- "¿No es ésta, por ventura, la agencia de colocaciones "El desocupado feliz?"

Joselo.- "¿Buscaba empleo, tal vez?"

Tina.- "Qué sagaz es usted... Y si no lo encuentro, tendré que ahorcarme: mi hijito está al borde de la consunción, mi papá está boqueando, de mi mamá sólo quedan unos palitos y..."

Joselo.- "No se desanime. Ha caído en las mejores manos. Acérquese, que le tomaré unos datos".

Tina.- "¿Eso es algo honesto?"

Joselo.- "Depende. Déjeme que la examine, para apreciar sus condiciones laborales".

Tina.- (Da unos pasos, pero resulta que era un andrajo: encorvada, patizamba, etc.)

Joselo.- (Dando un respingo) "¿Y en qué quiere trabajar, dadas sus condiciones, que saltan a la vista...?"

Tina.- "Mi vocación, desde niñita, es ser modelo de televisión"...

Joselo.- (Saliendo del juego) Madre mía, qué humor tétrico!

Tina.- Ya te lo dije: hoy no es mi día.

Joselo.- De todos modos, esta manía nuestra de inventar a cada rato escenas y personajes, nos salvó de más de un naufragio...

Tina.- Eramos más jóvenes, tal vez. Y con más ganas de divertirnos. O será que están pasando demasiadas cosas en este país... (Silencio)
Contame: ¿superaste los problemas de letra que tenías con tu personaje?

Joselo.- (La observa) Estás tirando la pelota al óbol. Tenés miedo de que yo te empiece a hacer preguntas sobre las cosas que están pasando en este país.

Tina.- No seas malo: me intereso por tus cosas. ¿Por qué me das vuelta?

Joselo.- Porque te noto extrañamente a la defensiva. Tú sabrás por qué. De todos modos, paso a informarte: sí; dos puntos; superé todos los problemas de letra; punto y coma; me siento por lo tanto en la gloria.

Tina.- No lo querés a ese personaje. ¿Será por qué se parece demasiado a ti?

Joselo.- No, no lo quiero nada. Me esgunfia. Pero lo entiendo hasta los huesos. Me siento su papá. Me cago en él.

Tina.- Tiene una manera cínica de ser hipersensible. El hipersensible sin cinismo es cursi.

Joselo.- Está todo lleno de crujidos y de fisuras. Es un marica metafísico. En eso nos parecemos.

Tina.- Queriéndolo tan poco, ¿cómo podés interpretarlo tan maravillosamente?

Joselo.- Ah, ¡"maravillosamente"! Nunca habías usado un adjetivo de ese tamaño para aplicarlo a mi arte consumado. Decididamente, estás tratando de ponerme de tu lado. Tú sabrás por qué... ¿Lo sabré yo también esta noche?

Tina.- (Esquiva) Se te parece, sí. Pocos tipos tan solitarios como ustedes dos.

Joselo.- Tan indigentes, tan en andrajos, tan mendicantes, tan supeditados, tan apéndice de alguien. Al menos, ésa es la imagen que tú te has formado de mí en estos quince años.

Tina.- La que tú te has empeñado en mostrarme. ¿Hay otra, acaso?...
(Pausa larga)

Joselo.- ¿Y a qué hora es la asamblea ésa del Comité?

Tina.- (Insegura) Está por empezar. Sí, sí... Ya voy.

Joselo.- Pésima actriz. Ni para hacer de mucamita servirías. ¿Adónde irás esta noche, me pregunto? ¿Adónde miércoles?

Tina.- Talmente un marido celoso. ¡Qué aburrimiento!

Joselo.- O un amante celoso. O un padre celoso. O un hermano celoso. O un amigo celoso. Cualquiera que sienta que están por robarle algo vital.

Tina.- Nadie te está robando nada, pajaroncito. (Pausa larga)

Joselo.- ¿Y qué es de la vida de ese sujeto omnipotente que juega de centro forward conyugal?

Tina.- Alfredo debe estar por llegar. Tenía un compromiso: no sé qué, no sé dónde.

Joselo.- Qué poco te importa tu marido. Qué poco le importa a él de ti.

Tina.- No somos mal matrimonio, sin embargo. No nos jeringueamos, nos miramos de lejos, no nos desentendemos uno del otro.

Joselo.- ¿Qué opina Alfredito de tu fragorosa militancia?

Tina.- Me corre para el lado que disparo. Se muere de risa.

Joselo.- El, que es un facho perdido... Dentro de poco, cuando se dé cuenta de que ya no se puede hablar contigo...

Tina.- ¡Dale con eso!

Joselo.- ...estoy seguro que se va a quedar tan entero y fresquito. Tan

Alfredo. Asumiré con la mayor calma su condición de desmaridado, y seguirá tan pancho.

Tina.- ¿Cómo reaccionarías tú?(Pausa)

Joselo.- (En un arranque) Tina, Tina de mierda: te necesito a muerte. Segunda vez que te lo digo esta noche.

Tina.- Segunda vez que te lo agradezco. No siempre me hacés el gusto de decírmelo. ¿Qué te pasa hoy? Parecés en carne viva. Desollado como una res colgando de la ganchera.

Joselo.- ¿Desollado yo? ¿De dónde sacaste eso? ¡Si bailo en una pata! (Baila en una pata) ¡Y canto porque reviento de alegría! (Canta. Pronto se interrumpe. Con angustia desbordada) ¿Dónde vas esta noche, Tina? Decime por favor qué vas a hacer.

Tina.- ¡No seas pesado, hombre! ¿Qué bicho te picó?

Joselo.- Vas a contestar hoy, ¿verdad? Vas a decir que sí.

Tina.- No seas absurdo ¿querés?

Joselo.- Hace días que andás tensa, inquieta. Tenés flor de entripado encima, pero ¡claro! no podés compartirlo con nadie. Ni siquiera conmigo.

Tina.- Miedoso. Chiquilincito miedoso.

Joselo.- Claro que me muerdo de miedo. Estás a punto de decidirte. Mejor dicho: te decidiste ya. Y eso te va a apartar para siempre de mí. ¿Pero no te das cuenta de lo que me vas a hacer?

Tina.- (Con sinceridad) No, no me doy cuenta.

Joselo.- No puedo creerlo. Qué burra. Quince años juntos y no te has enterado de todo lo que sos para mí?... Ah, no me merecés, no! Sos una burra perfecta. (Parece a punto de ponerse a llorar)

Tina.- (Mirándolo a fondo) ¿Vos te acordás bien cómo éramos cuando nos conocimos? (Evocando) Fue en la Conaprole de Pocitos. Tenía aquellos sillones de paja, anchos, comodísimos. Vos pediste un Colet frío con dos yo-yos. Yo pedí un té con una tarta de manzanas. Recién nos habían presentado. En aquella época los muchachitos nos tratábamos de usted. En un momento nos quedamos solos y tú me dijiste...

Joselo.- "Nos dejaron solos. Supongo que esto quiere decir algo. Como una señal indicando que hay una cinta invisible entre usted y yo".

Tina.- "Una cinta ¿de qué color?"

Joselo.- "Color mucho tiempo... Es curioso: desde que la vi ahí hace un momento, la he estado observando sin parar..."

Tina.- "Ya me di cuenta".

Joselo.- "...y aprendí infinidad de cosas de usted. La primera: que no le gusta el usteteo".

Tina.- "Tenés razón: no me gusta nada".

Joselo.- "Segunda: que estás necesitando un amigo. Te sobran los que quieren acostarse contigo, y tú ya sabés lo que es eso, y por lo tanto no te interesa. Pero un bicho amigo, de éstos que te apuntalan caminando al lado tuyo, un año, dos, diez..."

Tina.- "...quince".

Joselo.- "Esos no se dan todos los días. Es casi más difícil que encontrar un amor".

Tina.- "Y tu pertenecés a esa raza, claro..."

Joselo.- "Mirame. ¿No lo ves clarito?"

Tina.- "¿Y yo cómo sé que no me estás tendiendo una trampa para acostarte conmigo?"

Joselo.- "Quedate bien tranquila: las mujeres no son mi fuerte. No me mueven un pelo. No sé cómo manejarlas".

Tina.- "¿Así que yo tampoco te moví un pelo? ¿Entonces por qué me mirabas tanto?"

Joselo.- "Me impresionó ver cómo necesitás las cosas del mundo y no les sacás el cuerpo. Avida, posesiva, gran celebradora del universo. Un bicho angurriente y sensual..."

Tina.- (Con entusiasmo) "Un universo reluciente, jovencísimo, y absolutamente loco. Soy tan loca como él".

Joselo.- "Esa, justo, es mi misma raza. Cómo te entiendo, de arriba a abajo..."

Tina.- (Interrumpiendo la evocación) ¿Ves? Ahí está: eso es lo que tenía entonces, y que perdí. Ese sentirme hija de un mundo delirante, y disfrutarlo con cada pedacito de mi cuerpo, y de mi inteligencia... Eso, nada menos, perdí, Joselo.

Joselo.- (Genuinamente conmovido) Cuánto me duele que me digas eso.

Tina.- Ah, sonaste sincero. Ahí te apareció tu ternura primera. Después, con los años, te pusiste cínico, descreído, y te dedicaste a agredirme por cualquier cosa. Pero yo te entendí: te estabas defendiendo de mí... aunque no sé de qué.

Joselo.- Defendiéndome de ti con dientes y uñas. Pero tampoco sé de qué. (Bajando la voz) Pero vos bien sabés que allá en el fondo... aquella ternura sigue estando, intacta.

Tina.- Y por eso es que te soporto. Asqueroso y todo como sos.

Joselo.- (Tendiéndole las manos) Tina querida...

Tina.- (Se las toma con fuerza) Ay, esta noche parecés un ser humano.

Joselo.- (Grave, mirándola a fondo) Esta noche, justamente esta noche...

Tina.- (Pausa absorta) Me siento una maquinita, ¿sabés? Un robotito que va y que viene.

Joselo.- ¿Pero es que no estás feliz con tu famosa "rigolución"?

Tina.- Estoy segura de lo que hago. Estoy llena de tareas: reuniones, discusiones, venga para acá, vaya para allá, siempre o noventa kilómetros por hora. Cumplo, soy asquerosamente de fiar. Pero me siento como una maquinita reseca. Algo se me perdió, que antes tenía...

Joselo.- ¡Salute!: te apareció la pequeño burguesa. Voy a denunciarte a tu Comité Ejecutivo, o como mierda se llame. Gente como vos no sirve.

Tina.- Escuchame bien: no hay fuerza humana que pueda torcerme. Pero algo naufragó en mí, ¿para qué ocultarlo? Son precios que deben pagarse, supongo... (Pausa melancólica)

Joselo.- Era cálida aquella Conaprole de Pocitos...; aquélla, la de los sillones de paja. No ésta de ahora, toda de metal y vidrios polaroid...

Tina.- Estás oliendo a formol, Joselito...

Joselo.- Estoy, lo reconozco. "Montevideo que lindo te veo", y todo eso. ¡Qué horror!

Tina.- ¿Cuándo te vas a ir de esta toldería, que te queda tan chiquita?... ¡Cuántas veces te lo dije!: un actor como tú, en cualquier ciudad grande haría capote.

Joselo.- Ese tema lo hemos gastado en noches de caña doble por los boliches de la Ciudad Vieja. Tema agotado.

Tina.- Tenés que vencer esa abulia. Me gustaría verte alguna vez erguirte con ínfulas de conquistador. A Buenos Aires te lo meterías en el bolsillo en seis meses.

Joselo.- En tres. También lo sé. Pero prefiero naufragar despacito aquí. En este agujerito más bien asquerosiento que es Mon-te-vi-de-eu. (La mira sobrador) Pero mirá que te veo clarito el juego: estás sospechosamente empeñada en que me vaya a Buenos Aires, justo ahora, cuando tú... Pero te explico: será que mis cimientos están puestos en este lugar de porquería. (Meditativo) ¿Pero cuáles son mis cimientos? Me habría encantado que alguna vez alguien me hubiera presentado a ése que soy en el fondo, y que no sé bien quién es. "Mucho gusto", "nucho gusto". Esa pudo ser tu obra: nadie como tú para haberme puesto a boca de jarro frente a mí mismo.

Tina.- Fui torpe. O te quise demasiado. Nunca te sentí mi obra posible.

Joselo.- Si me hubieras agarrado de la solapa y me hubieras gritado, por ejemplo: "sos un gusano, un maricón leproso, no puedo sino sentir asco por vos", a lo mejor me habrías curado.

Tina.- Siempre te sentí sano, sabio, casi varonil...

Joselo.- ¡Varonil...! ¡Qué perspicacia! Y te dedicaste a ponerme fomentitos, algodones fofos... Me pasé los últimos quince años chapoteando en el almíbar tuyo... del que ya no puedo prescindir. Me has hecho un vicioso.

Tina.- Yo soy tu vicio, pero tú sos el mío. Estamos empatados.

Joselo.- Con la diferencia de que tú acabás de encontrar un estupefaciente más fuerte que el que yo te daba. Como en el amor, una

droga se deja por otra... Como droga tuya, estoy caducado. Me sustituyeron... ya sabés quiénes.

Tina.- Volvés con eso...

Joselo.- Vuelvo. Volveré a cada rato, siempre. (Pausa) ¿Te acordás cuando eras un ser humano, y sentías cosas, y decías lo que sentías?... Porque ahora te has convertido en una fabriquita de clisés mentales aprendidos, que te salen a borbotones de la boca, pero no de las vísceras.

Tina.- No sigas por ahí.

Joselo.- ¿Sabés de qué me estoy acordando?... De una noche en que estábamos los dos sentados en un banco de la Plaza Independencia. Entonces tú, tú misma, blasfemaste de esta ciudad, como corresponde, y gritaste: "Montevideo, la pelelita de plata!"... Ahora ya no podés gritar eso, porque no está entre las consignas que te enseñaron, pero lo seguís pensando.

Tina.- No, no lo pienso.

Joselo.- Sí que lo pensás. Por eso te sentís maquinal, insincera. Porque ahora, ¿sabés?, no sentís lo que sentís; sentís lo que te autorizan a sentir. Lo peor que le puede pasar a un ser auténtico. Como bicho humano sos un muñeco de cera! (Se interrumpe, sinceramente arrepentido) ¡Ay, qué horror! No me hagas caso. No quise lastimarte, te lo juro.

(Va hasta ella, se echa en sus brazos, se estrechan con fuerza muy honda. Luego se separan, tratando de disimular un sacudimiento muy genuino).

Joselo.- Abrazándonos: lo que nos faltaba... (Sordamente) Siempre juntos... hasta que la guerrilla nos separe!

Tina.- Terminala. Sos porfiado como vos solo. (Silencio cargado)

Joselo.- Si ahora llegara tu maridito, podría entretenerme jugando al truco con él hasta la madrugada. Es un poco turro en realidad, pero algo se defiende. Pero andá a saber en qué anda el hombre a estas horas... y en este día. ¿Te queda coñac? ¿Volverás temprano? Qué pregunta idiota, perdoname. (Irónico) Cuando hay asamblea del Comité, nadie sabe a qué hora se termina.

Tina.- Tengo una botella sin abrir. ¿Querés ahora?

Joselo.- Después, cuando me quede solo. No sé si acampar aquí hasta quién sabe qué horas, o irme a ver si encuentro algún desconocido interesante en el Palace... No me llevo mal con tu marido, ¿sabés? ¿Podés explicarme qué le viste?

Tina.- Te diga lo que te diga, no vas a entender. Siempre le pusiste la proa.

Joselo.- Bajo cuerda, en todo caso. Jamás te hable mal de ninguno de tus dos maridos. Y de tus amantes, menos.

Tina.- Al contrario. Siempre los elogiabas. De uno decías: "Es tan ceremonial". De otro: "Da gusto verlo tan sesudo". Pero yo te entendía bien el tono, escorpioncito.

Joselo.- Nunca tuve celos de tus hombres. Jamás sentí que ninguno rozara mis fueros.

Tina.- Pero no siempre me jugaste limpio tú. La primera vez que me casé, te pedí consejo. Te lavaste las manos como Pilatos. ¿Por qué no me dijiste "Ese tipo es un sórdido, te va a quebrar"? Seguiste de cerca todo el noviazgo idiota, me dejaste llegar hasta el final. Nunca te oí una palabra de alerta.

Joselo.- Nunca. Es que parecías enamorada hasta el mongolismo.

Tina.- Estaba. Como no podría estarlo ahora. A los tres meses de noviazgo, quedé embarazada, ¿te acordás? Yo me sentía en las nubes. Y te pregunté a ti: ¿qué hago? Y tú me contestaste...

Joselo.- "Tenerlo. Traé ese hijo, que cuando lo tengas, te vas a sentir la fuerza mejor de esta Galaxia". O algo así.

Tina.- Exactamente así. ¡Pucha!: qué distinta hubiera sido yo, qué distinto tú, el mundo alrededor, si... Pero un día junté coraje y se lo dije a papá. Y el viejo se enloqueció: por primera vez, el viejo adorado que siempre fue mi aliado, mi secuaz, me dio con la puerta en las narices. Me insultó, me exigió que... Le había tocado un resorte que no era capaz de controlar, un tic invencible. Y ahí se acabó mi padre para siempre.

Joselo.- Fui yo, papá suplente, el que te acompañó al médico.

Tina.- Juntos, vos y yo, colaboramos en aquel asesinato.

Joselo.- Nunca me lo perdoné. Debí haberte obligado a tenerlo. Ahora sería un tipito de... ¿cuántos años?

Tina.- No seas sádico.

Joselo.- Y el bestia de tu novio, ajeno a todo. (La mira un momento)
Tina... ¿nunca pensaste en tener un hijo conmigo? No, no te rías, por favor. Ya sé que yo... Te lo pregunto en serio.

Tina.- No, no me río. Nunca me habías preguntado eso. En quince años.

Joselo.- Nunca se me había ocurrido antes. Recién hoy. Justo hoy...

Tina.- Yo tampoco lo pensé. Pero mirando bien...

Joselo.- Callate, loca. Mirame el cuerpo: ¿viste cosa más baldía, más inútil?...

(Largo silencio. Luego Tina hace como que disca en un teléfono imaginario).

Tina.- (Iniciando un juego) "Holá... ¿Allí es la casa de Joselo, el famoso actor de varieté? Habla la Pochonga de Gallinetti"

Joselo.- "Y usted habla con el marica Gurméndez, secretario del gran Joselo. ¿Usted quiere hablar con él?"

Tina.- "Claro, señor Marica Gurméndez. Si no, ¿para qué iba a llamar? Para hablar con usted, no, bien seguro. ¿Y Joselo ya se despertó de la pichicata?"

Joselo.- "Se está sacudiendo las últimas miguitas de cocaína. Si alguna vez recupera la lucidez, ¿quiere que le trasmita algún mensaje?"

Tina.- "Quiero que me aconseje. Estoy en un dilema. ¿A cuál de mis ocho estancias debo ir a pasar este fin de semana?"

Joselo.- "¿Y por qué no se va, mejor, a la...? De su hermana, sí..."
(Saliendo del juego) Pará, pará. Cuando llego a este nivel, es que tengo que cortar. Y ahora sí, traeme un coñac.

Tina.- ¿Cuál preferís? Tengo coñac francés de la ANCAP, o español de la ANCAP.

Joselo.- Bueno, pero ponele un poquito de limón a la caña bruta. Y andate de una vez, si es que te vas a ir. (Ella le prepara la bebida) Me duele la cabeza, ¿sabés? O a la cabeza le duelo yo. (Cierra los ojos)

Tina.- (Le entrega la caña. Queda absorta) Yo también siento mi cuerpo baldío, ¿sabés?

Joselo.- Ay, no me vengas con Yerma y todo eso.

Tina.- No, qué Yerma. No te hablo de hijos; te hablo de hombres.

Joselo.- ¿Por eso estás proyectando irte a vivir entre hombres que en lo único que piensan es en cómo usar la metralleta?

Tina.- Uf, qué humor de tablado. Pero yo te hablo en serio, Joselo. Vivo en tensión las veinticuatro horas, pero mi cuerpo parece una pared.

Joselo.- (Declamando, burlón) ¡Pensar que antes resonaba como un cañaveral acariciado por el viento...! Metáfora vagamente japonesa. (Tararea una canción lúgubre)

Tina.- Soy una tarada. ¿Por qué tendré tantos planos superpuestos? ¿Por qué no seré enterita, lisita?...

Joselo.- Los recovecos jroban para la militancia, ¿verdad?

Tina.- Joden, sí.

Joselo.- Es un problema generacional. ¿A qué los gurisitos ultras que te rodean son enteritos y lisitos? Ellos se asomaron al mundo cuando había empezado la guerra en este país; vos, en la época de la Conaprole de Pocitos. Vos lloraste con "El puente de Waterloo". Ellos con "La batalla de Argelia". ¿No te das cuenta de que hablan dos lenguajes?

Tina.- Pero nos entendemos.

Joselo.- De los dientes para afuera. Recitan las mismas consignas. Las vísceras, mientras, hablan lenguajes distintos. Y la "rigolución", nenita, se hace con vísceras. Por eso todo lo tuyo es pura payasada.

Tina.- No empecemos.

Joselo.- Trato de abrirte los ojos.

Tina.- Tratás de conservarme para vos solo. No me sirve.

Joselo.- (Mandándose la caña de un trago) Después de todo, a mí me hubiera gustado tener un hijo. No tengo vocación de amante, soy nulo; pero a lo mejor de padre, sí. O de madre.

Tina.- Un hijo conmigo, querés decir...?

Joselo.- ¿Contigo...? Me espanta tu cuerpo. Flor de cuerpo, pero... hay algo ahí que... No sé qué hacer con un cuerpo de mujer. No le veo sentido.

Tina.- Hace tres veranos, en Portezuelo, estuvimos a punto de abrazarnos, ¿te acordás? Estábamos en bikini. ¿Qué hubiera pasado?

Joselo.- A lo mejor, hubiéramos estropeado para siempre nuestra relación. Mejor así.

Tina.- De algún modo, y descontado lo sexual, hemos sido casi un matrimonio, ¿verdad?

Joselo.- Flor de matrimonio.

Tina.- ¿Te fijaste que yo elegí siempre para enamorarme, ejemplares que fueran machos puros?

Joselo.- Claro que me fijé. Pero el peso grande seguía estando del lado mío. Ellos te daban lo único que yo no te daba; todo lo demás lo recibías de mí. Y así fue durante quince años. Hasta el día podrido en que se te metió en la cabeza la idea de...

Tina.- ¡Dejá ese tema por un momento al menos! Dejame descansar.

Joselo.- Me cuesta. Vuelve como una idea fija. (Silencio cargado)

Tina.- ¿Sabés?... Hoy encontré una carta tuya, de hace no sé cuántos años. Estaba ordenando papeles viejos, y...

Joselo.- ¿Ordenando papeles viejos?... Despidiéndote, querés decir. Típico del que termina una etapa.

Tina.- (Sin hacer caso) ...y encontré una de aquellas cartas que me mandabas firmadas por el Enano Jacobo, ¿te acordás?

Joselo.- Dirigidas a Rosaura la Giganta, que siempre me contestaba.

Tina.- (Toma un papel que tenía cerca y lee) "Giganta mía, torre querida, que llega hasta la nebulosa de Andrómeda. Es lindo treparse por ti, yo tan chiquito. Escalarte y escalarte, enredado en tu cuerpo como una liana, y así acercarme al sol padre, que siempre nos espera juntos".

Joselo.- Un himno a tu cuerpo, ¿te fijaste?

Tina.- Pero asexuado a más no poder.

Joselo.- Seguí leyendo.

Tina.- "Voy a salir hasta lo altísimo, a través de tu frondosidad. Y gracias a ti, rasparé con mis dedos las estrellitas más bajas..."

Joselo.- Poético el enano, ¿no?... ¿Y tú me contestaste? Porque yo

siempre te dejaba espacio para que me contestaras algo.

Tina.- "Ningún empleo mejor para mi cuerpo, que ayudarte a subir hasta lo más limpio del aire. Nunca mi cuerpo será más cuerpo que así. Y recién entonces entenderé para qué lo llevo"...(Largo silencio conmovido)

Joselo.- Guardá esos papeles, ¿querés?

Tina.- ¿Por qué no volvió a escribirme el Enano Jacobo? ¿Por qué no me habrá escrito hoy, precisamente hoy?

Joselo.- Porque perdió la dirección de Rosaura la Giganta, y ya no sabe dónde encontrarla... (Va hasta ella y le pone las manos sobre los hombros) Tina, Tina, mirame a los ojos. Tú sabés que yo te miro hasta el fondo. Estás acurrucada y al descubierto. No te mandes más la parte. Es un desvarío suponer que algo puede interponerse sin despedazarnos. Ya sé que parezco Corín Tellado, pero es carajísimamente así. (Nuevo silencio)

Tina.- Quiero pedirte algo. Alguna de las noches de esta semana, antes de que las cosas se me pongan... más difíciles, quiero que hagamos otra vez "Montevideo la nuit", ¿te acordás? O "Montevideo by night", si lo preferís en inglés. Nosotros traducíamos a lo bruto: "Montevideo la noche"... Hace como dos años que no lo hacemos, y para mí tenía sentido.

Joselo.- Las dos de la mañana. Itinerario de la recorrida turística: un banco de la Plaza Matriz y tú hacés pichí en la fuente; en la escalinata de la Catedral, tres besos con lengua; frente a la Casa de Gobierno, cantar la retirada de los Asaltantes; homenaje a Artigas: dos vueltas de rodillas alrededor de su estatua; putear cinco veces al Palacio Salvo por lo obsceno de su fealdad; entrar a la farmacia de turno y comprar yo una sarta de preservativos y tú una caja de paños higiénicos. ¿Qué más?

Tina.- Qué sé yo. Cuánta locura... pero nos divertíamos.

Joselo.- ¡Y vos me hablás de Buenos Aires...! ¿No te das cuenta que sólo puedo respirar Montevideo? Ciudad imbécil, pero es mi oxígeno. Y el tuyo. Es la piel que tenemos.

Tina.- "Eructo de la nada", lo llamaste una vez. Típico decadentismo pequeñoburgués.

Joselo.- ¿Y tú me pedís hacer Montevideo la nuit? ¿No lo encontrás espantosamente decadente?

Tina.- Decadentísimo, pero...

Joselo.- Hay que despedirse, ¿no?... Haremos, sí, "Montevideo la noche", antes de que tú... Y después lloraremos juntos, como dos gurises. (La mira a fondo) Mirá qué sorpresa: me parece que al final te envidio la vida que estás llevando: reuniones en el MOR, en el CIS, en el CUL, o como se llamen; "¡cuidado con la chanchita!"; "ahí viene un Maverick"!... Ese jugarse todos juntos lo verdadero que uno tiene: el pellejito, los pelitos, cada huesito de uno, ¡pucha, debe ser linda esa camaradería carne a carne! Y no andar solo, como un gusano viudo... (Poniéndose serio) Pero mirá que ahora todo eso va a cambiar para ti. Una cosa es el comité, con sus excitantes aventuras; otra muy distinta la que se te viene ahora.

Tina.- (Débilmente) No sé de qué hablás.

Joselo.- Sí que sabés... Cuando des el paso, cuando ya no seas más dueña de tus actos, ¿de qué me voy a alimentar? No sé actuar si no es cerca tuyo. Me has hecho tu mamarracho. Pero ni se te ocurrió pensar en mí. (Tina no contesta) Andá, servime otra caña.

Tina.- Que sean dos. (Las sirve. Toman callados)

Joselo.- (Explotando de golpe) ¿Te acordás cuando me juraste un día, allá en la casa de Susana en San Rafael, que nunca te ibas a ir de mi lado? Yo me di cuenta por qué me lo decías: empezabas a enamorarte del francés aquél, y querías tranquilizarme. A mí me entró el pánico. Fuimos a la playa y tú comprendiste que estaba desesperado. Entonces me acariciaste el pelo y me dijiste algo rarísimo: "Me voy a acostar con ese hombre, pero somos tú y yo los que nos vamos a acostar con él". Yo te lo agradecí: quería decir que en ese momento tú te sentías hecha de la materia de mí. Como yo de la tuya. Y yo pensé entonces que era para siempre.

Tina.- Y es para siempre, bobito. ¿Por qué tanto miedo?

Joselo.- Porque esto es distinto. Yo sé que ningún hombre puede desplazarme de ti, por metida que estés con otro. Pero esto de ahora... este mundo oscuro al que vas a entregarte con alma y vida... Esto sí va a separarnos. Y esta noche misma empieza todo.

Tina.- ¿Pero de qué estás hablando?

Joselo.- Te puedo decir con toda exactitud cuándo vinieron a hablarte por primera vez. Me di cuenta enseguida. El lunes, por más datos. ¿Querés que te cuente cómo fue? Te habló uno de los compañeritos ultras de tu comité: "La organización quiere hablar contigo". Y tú creíste reventar de orgullo: "Ah, ellos me echaron el ojo, vieron que puedo servir, quiere decir que me tienen confianza. Ellos estudian primero al candidato, y recién cuando se sienten muy seguros, hacen contacto"... ¿Querés que siga?

Tina.- Estás desvariando.

Joselo.- Para ti fue un sacudón terrible. Esa noche inventaste un ataque al hígado para despacharme temprano, y te metiste en la cama para recapacitar tranquila. "¿Qué es esto? ¿Qué me va a pasar si digo que sí? ¿pero si me niego? Seguramente me necesitan. Yo, por venir de donde vengo, puedo serles útil de tantas maneras... No les debe ser fácil encontrar otra persona que tenga acceso a tantos círculos como los que yo frecuento. ¿Cómo rechazar un acto de confianza como el que han tenido conmigo! Me voy a sentir una cobarde, una desertora. No, yo sé que si les fallo, no me soportaría"... Y agregado a eso, la brutal tentación: la tentación de servir, la tentación del heroísmo, la tentación de darlo todo, etc., etc. ¿Me equivoqué en algo?

Tina.- (Sin convicción) Cómo podría hacerte entender que...

Joselo.- Después el gurisito te explicó cómo tenías que hacer: ir el día tal, a la hora cual, al bar equis. Allí te contactaría un responsable de la organización, que te diría cómo era la cosa. Y tú fuiste. Era al día siguiente, a las tres de la tarde. Y el hombre te dio plazo para que contestaras: y ese plazo vence esta noche mismo, dentro de media hora. Y tú ya has tomado la decisión: ¡vas a dar el sí,

por supuesto! Dentro de un rato, te vas a recibir de guerrillera. Tú, la pituca de Pocitos.

Tina.- Escuchame, Joselo querido...

Joselo.- ¿Vas a decirme que es mentira algo de todo lo que te dije?

Tina.- Por supuesto que es falso! Yo...

Joselo.- ¿Ves? Ahí lo tenés, bien clarito: desde ahora estás obligada a callar, a decir cosas que no son, a mentir si es necesario. Aunque mi descripción haya sido exacta, tú no tenés más remedio que decir que no. Ahora tu primera obligación es mantener en secreto todo lo que tenga que ver con la organización. Tenés que ocultárselo a todo el mundo... y a mí también. Así que nuestra soldadura se ha roto, mi querida Tina. Ya no soy una parte constitutiva de ti: me has expulsado. Desde ahora, quedamos desconectados sin remedio. Pero se explica: a la revolución hay que sacrificarle todo, aun lo más querido, lo más sagrado que uno tenga. Qué importa un hombrecito super-frágil que se queda solo. Pesa poco en la balanza...

Tina.- Sos injusto, yo no te he expulsado. Tú seguís siendo todo para mí.

Joselo.- ...pero me quemaste igual. (Desgarrado) Te lo repito, por si no te diste cuenta: cada cosa que tú me digas desde ahora, yo nunca sabré si no está trampeada por tu exigencia de secreto. Así que ya no podemos hablar más. ¡Adiós nosotros!

(Silencio muy cargado)

Tina.- Debo salir dentro de un momento.

Joselo.- Tomate otra caña, antes. La vas a necesitar. (Va él mismo hasta la botella y se la sirve) Dejame verte la cara. Tu nueva cara, que vas a estrenar dentro de un momento...

Tina.- Mi cara de siempre.

Joselo.- Ya te has empezado a hundir hacia dentro. Se explica: tenés que juntar fuerzas para resistir. Mirate en el espejo: ya se empezaron a congelar tus rasgos. Cuidado, mujer: si transparentás tanto, todos se van a dar cuenta de en qué pasos andás y eso no les sirve a tus jefes guerrilleros.

Tina.- Por favor, Joselo. Estoy rendida. Quiero sentarme medio minuto en el sillón, cerrar los ojos, flotar... (Se sienta, como agotada)

Joselo.- ¿Y cómo te creés que estoy yo?... No bien te vayas, empezaré a estrenar un mundo nuevo, que me llena de pavor...

Tina.- Sentate tú también. Flotá... flotá... (Pausa que quiere ser distendida)

Joselo.- Yo que tú lo pensaba, Tina. Estás a tiempo. Vas a cometer un error trágico. Mirá que no es un juego.

Tina.- (Con los ojos cerrados) Me gustaría en este momento sacarme toda la ropa, prenda por prenda. Que me vieras el cuerpo desnudo. Que lo tomaras muy en cuenta, centímetro a centímetro, como nunca lo hiciste... Una parte de ese cuerpo, quisiera morirse ahora mismo.

Joselo.- Tu cuerpo... No, nunca lo vi desnudo del todo. Pero siempre me traumaron tus pechos. No te enojés, pero fue la única parte de tu cuerpo soberbio que deseé realmente. A veces con desesperación,

Tina.- Qué lástima. Debiste decírmelo. O mejor: debiste tomarlos sin pedirme permiso.

Joselo.- Tú, en cambio, una vez me pediste que te permitiera...

Tina.- Pero tú te retrajiste como un bicho sitiado, corriste a refugiarte en tu cueva... y el momento pasó. ¿Por qué no te habré violado como Dios manda?... Muchas veces estuve tentada de arrojarme encima tuyo y devorarte. Pero siempre tuve la sensación de que iba a profanar algo, como si no fueras terráqueo. ¿No habrás venido de otro planeta?...

Joselo.- De un planeta de vidrios, y aluminios, y plásticos... Mi horror es la naturaleza, mi neurosis es lo orgánico.

Tina.- Quien no conviva contigo quince años, puede llegar a creerte un ejemplar humano. Sos una imitación perfecta.

Joselo.- Pero todo en mí es parodia. El apego por ti es una parodia; la angustia de que voy a perderte es parodia; el desamparo que ya empieza; la mendicidad a la que me dejás condenado. Hago los gestos de estar desesperado, pero no me creas: es puro simulacro. No siento nada de nada. Mi histrión incorregible va a fabricar a mi antojo el llanto de esta noche. Verás rodar lágrimas, pero serán cera derretida.

Tina.- Se me parte la cabeza, Joselo.

Joselo.- (Con fervor) Quedate aquí conmigo, Tina. Toda la noche. La alfombra es mullida. Nos acostaremos. Haremos el amor.

Tina.- Es una buena proposición. Pegaste justo: sería lo único capaz de retenerme esta noche.

Joselo.- ¡Cómo sabés que soy todo de cartón!

Tina.- Burrito, no entendés nada. Entregate alguna vez, chapoteá, embadurnate. ¡Me hubiera gustado tanto enseñártelo! "Enano Jacobo, haga pozos en las cosas hasta encontrarle agua. Verá que el mundo se sostiene y crece, fresco como una burbuja".

Joselo.- "No es cierto, Giganta Rosaura. El mundo se detiene de golpe, y luego se encoge, como una pasa".

Tina.- (Sollozando) Papá, papá, ¿por qué sentenciaste a muerte al que iba a ser mi hijo?

Joselo.- Abrí los ojos, Tina. Te aseguro que todo esto es falso, lo estábamos soñando. No hay guerrilleros en este país, nadie te está llamando. Quedate conmigo. Pedime que sea tu macho, y aprenderé. Seré un niñito aplicado, te lo juro, me pondrás "sote" cada vez que me tomes la lección.

Tina.- Me queda poco tiempo, Joselo. Quiero decirte que de algún modo tú sos mi gran batalla perdida. Debí haber sido brutal e invasora contigo, no dejarte ninguna puerta abierta para escapar.

Joselo.- Escuchame, Tina: ahora vas y le decís al sujeto ése que va a recoger tu respuesta: "¿Mire, compañero, yo reviento de orgullo porque hayan pensado en mí. Pero me han ido quedando cabos sueltos, hilos sin tejer. Soy una mujer desflecada, arrasada en partes, y mi misión, ahora, es juntar tanta amputación, tanta deuda, y entonces..." (Se interrumpe) ¡Pero que estúpido soy!: ¡si estaba hablando de mí, no de ti!... (La mira un momento! ¿Sabés lo que descubrí?: me da rabia decírtelo, pero la verdad es que bien quisiera yo tener esa claridad tuya, esa firmeza que te ha aparecido en la cara. Y ese coraje brutal. Con una bronca bárbara te admiro: ¡qué macho sos!

Tina.- Soy una cobarde, para que sepas. Estoy muerta de miedo. Pero una maquineta se puso a caminar adentro de la pituca de la Conaprole, y ya no la puedo parar.

Joselo.- ¡Tina, estás a tiempo, pensalo un poco más! Mirá que no es juguete lo que vas a hacer. ¡Te pueden meter presa, Tina, te pueden violar en fila varios orangutanes, te pueden torturar hasta destriparte, te pueden asesinar del modo más refinado!... No serías la primera, bien lo sabés. Acordate de la pobre Adelina, que... (No obtiene respuesta) ¡Pero qué porfiada sos, qué inconsciente! Pero te lo aviso, ¿eh? Si te vas lo mismo, mi maldición te seguirá a todas partes; ¡el rayo de mi peor anatema caerá sobre ti!

Tina.- Histrión, histrión...

Joselo.- ¡Tina, por el amor de Dios! Por la Conaprole de Pocitos, por Montevideo la nuit, por tu hijo, por Rosaura la Giganta, por Gurméndez el Marica, ¡humildemente, chiquititamente te lo pido: por favor, no me dejes solo!

Tina.- ¿Sabés, Joselo? Después de todo, sospecho que he vivido enamorada de ti. Una manera rara del amor. Hoy más que nunca.

Joselo.- No te creo. Demasiado burdo. ¿Qué pretendés con eso? ¿que te apruebe? ¿que me ponga de tu lado? ¡Eso jamás!... (Bajando la voz) De todos modos, te agradezco la tentativa. Simplemente no me hace efecto. (La mira de pronto) ¿Qué pasa? ¿ya es la hora?

Tina.- Ya.

Joselo.- A lo mejor te acogoto, Tina. O te ato contra una silla. (Con fervor auténtico) Madre mía que estás en los cielos, santificado sea tu...

Tina.- Refrená tu histrión. El melodrama no te sienta.

Joselo.- Tenés razón. Sólo pienso en mí. Trataré de portarme como un hombrecito. (Componiéndose) ¿No vas a llevar ningún abrigo?

Tina.- Sí. Voy a buscar la campera.

(Cuando va a salir, Joselo la toma de un brazo)

Joselo.- ¿No será que yo también te amo, después de todo. A mi modo.

Tina.- ¿Y eso qué quiere ser? ¿una trampita última para retenerme?

(Sale Tina. Joselo se pasea. Está tenso, luchando por contenerse)

Joselo.- (Hablándole a Tina hacia afuera) ¿No te conté que me hablaron

para formar una especie de compañía? Seríamos cuatro actores; dos mujeres, dos hombres. Una salita nueva, parece. Doscientas butacas. ¿Para qué más, en este momento? Ellos están muy entusiasmados; yo me estoy embalandando, también. ¿A vos qué te parece? No me tires abajo el proyecto, como de costumbre.

(Reaparece Tina. Trae la campera en el brazo)

Joselo.- No, no; ponétela. Mirá que está muy fresco.

(Va hasta ella y la ayuda a ponérsela. De repente, en un arranque, se abrazan con enorme fuerza. Se besan con desesperación)

Joselo.- Decime que todo es mentira, que es una pesadilla.

Tina.- Claro que es. Todo está igual que siempre. (Se serenán, se separan)

Joselo.- Hace un frío brutal en este living. No aguanto. Saldré contigo.

Tina.- No, te pido que no.

Joselo.- Claro, qué estúpido soy. Y este Alfredo de mierda que no vino. Dejaré pasar cinco minutos por reloj. Después saldré yo. El estilo de ustedes, ¿te fijaste?... ¿Te parece bien así?

Tina.- Claro. Gracias.

Joselo.- ¿Estoy muy pálido? ¿Me ves temblar el labio? El corazón me hace pum-pum-pum, y...

Tina.- Por favor, Joselo.

Joselo.- Sí, mami.

Tina.- Mañana te veo. Llamame después de las diez, como siempre.

Joselo.- Tamo. (Pausa muy tensa) Ojalá te pise un auto en el camino.

Tina.- Deseame suerte, no seas malo.

Joselo.- Que sea un semi-remolque, mejor.

Tina.- Chiquilincito querido...

Joselo.- (Conmovido) Toda la suerte del mundo, Tina.

(Tina sale rápida. Joselo se aguanta un sollozo tremendo. Se compone a duras penas. Da algunos pasos por el living, como perdido)

Joselo.- ¿Qué me pasó?... ¿Cómo se come todo esto?...

(Finalmente va hasta el sillón, se sienta, la iluminación vuelve a ser la del comienzo. Joselo toma las pantuflas, las levanta un poco, parece enseñárselas al público)

Joselo.- Pantuflas. Estupendo actor jubilado ama pantuflas. (Mirando alrededor) Qué poco ha cambiado este living: el del 2001 es igualito a aquél de los setenta. (Hablando hacia afuera) ¿No hay nadie aquí? Antes había. ¿De veras no hay nadie? (Cierra los ojos) Ahora estoy seguro de

que va a entrar Tina. Pantalón vaquero decolorado, rompevientos de lana negra...

(Se queda esperando un momento. Pero no entra nadie. Mirando el vacío, Joselo deja caer una pantufla primero, luego la otra. Las luces finales bajan lentamente).